

Spanish

Escuchad y vivireis (Is 55,3)*

Escuchar a Dios en el Antiguo Testamento: contextos e itinerarios.

La primera vez que en la Biblia se menciona expresamente el escuchar humano a Dios se encuentra en el relato de los orígenes. Después que la pareja humana, en el jardín, comió el fruto del árbol del conocimiento:

Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás? Éste contestó: «**Te oí andar por el jardín** y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí.» (Gn 3,8-10).

El episodio nos permite resaltar tres categorías sobresalientes de escuchar a Dios de parte del ser humano. La primera consiste en el hecho que al escuchar se expresa la capacidad humana de responder a la revelación divina, aunque no sea verbal, en el proceso de comunicación de Dios con el género humano. La segunda concierne a la capacidad de escuchar a Dios que no se pierde, mas bien permanece aún después de la transgresión del mandamiento divino. La tercera, constituye el acto de escuchar, no simplemente como percepción sensorial auditiva¹, sino como una facultad que envuelve la interioridad de la persona y está en grado de provocar otras acciones.

Desde el inicio se delinea la perspectiva teológica del escuchar. De eso depende el desarrollo de la identidad de la persona y del género humano como *partner* e interlocutor de Dios. El ejercicio de escuchar es decisivo para la realización humana en el mundo y en la historia según el proyecto divino. Si la escucha del llegar divino en el jardín induce a la pareja humana, rebelde y desnuda, a esconderse, alejándose de Dios, es justamente el estar disponible a escuchar, la acción que acerca a Dios, que permite

* Las citas bíblicas se han tomado de la Biblia de Jerusalén, Desclee de Brouwer, Bilbao, 1975.

¹ Es oportuno recordar la diferencia de conceptos de dos verbos, solo en apariencia sinónimos: *oir* es la recepción pasiva de mensajes externos; *escuchar* es un acto voluntario de percepción e interpretación de un mensaje, que requiere una participación emotiva. En Italiano, en cambio existen tres verbos en apariencia sinónimos: *udire*, es la recepción pasiva de mensajes externos; *sentire*, es una recepción que implica una cierta participación emotiva; y *ascoltare* que es un acto voluntario de percepción e interpretación de un mensaje.

retornar a Él y recibir la vida, como sostiene la exhortación profética del fin del exilio: *“Inclinad vuestro oído y acudid a mí, oid y vivirá vuestra alma”* (Is 55,3). En esta perspectiva se orienta también la exhortación, de respiro universal, con la cual inicia la Regla de San Benito:

Escucha, hijo mío, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón, recibe con gusto los consejos de un padre piadoso y ponles en práctica con eficacia: así que tu puedas retornar por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la pereza de la desobediencia (RB, Prol. 1-2).

Más que un singular acto de iniciación, el escuchar a Dios se presenta como una cuestión de toda la vida, como «un estilo de vida». Esto compromete toda la persona a partir de su interioridad – *«inclina el oído de tu corazón»* – a ejecutar las enseñanzas divinas. Quien se vuelve a escuchar la voz del Señor con oídos llenos de estupor y acoge la invitación a entregarse a Él, recibe la palabra de la Escritura y del Evangelio que le indica la vía de la vida, le guía a poseer la vida para siempre (cf. Prol. 8-20). En fin, a través de escuchar a Dios y de poner en práctica su Palabra, se realiza el retorno a Dios, el retorno a la familiaridad y a la intimidad con Dios, evento que obtiene la promesa del cuidado divino «pondré mis ojos sobre ustedes y mis oídos oirán sus oraciones y antes de que me invoquen les diré: *“Aquí estoy²”*» (Prol. 18). La perspectiva de vida que el Prólogo deja entrever está completamente inmersa en la enseñanza de las Escrituras y el escuchar, constituye su fundamento.

La presentación que sigue se detiene, primeramente, sobre la escucha, en cuanto evento que caracteriza la manifestación misma de Dios en la historia de la revelación; y, sucesivamente evalúa tres contextos del Antiguo Testamento: la toma de posesión del rey Salomón, la vocación y la misión profética y la escucha en el culto, en los cuales se delinean itinerarios significativos y estimulantes para comprender y mejorar el escuchar a Dios.

I. El Señor, Dios que escucha y exhorta a escuchar.

En la historia de la revelación está en curso un fundamental proceso de

²Is 58,9; 65.24; cf. Sal 33,16

comunicación. Dios es aquél de quien procede todo y ha dado origen al universo y a la humanidad con su hablar (Gn 1, 11-1,4a). El decir de Dios muestra toda su eficacia en el traer a la vida las cosas y en el poner orden, ritmo y armonía al mundo creado. No solo, después de haber creado al género humano a su imagen y semejanza (Gn 1,26-27), como su *partner* Dios habla a la pareja humana hombre y mujer, y le alcanza con palabras de bendición (Gn 1,28), haciéndoles, de esta manera, completamente interlocutores capaces de escuchar y de responder.

En el segundo relato de la creación (Gn 2,4b-25), la dinámica de la comunicación es todavía más emblemática desde el momento en que Dios no solo forma con sus manos al género humano, sino que insufla el aliento de vida que hace al ser humano viviente (Gn 2,7), dotado de aliento, de respiración, con quien se puede mantener una conversación en respuesta a Dios.

Así Dios habla e irrumpe en el género humano con su palabra, mientras la humanidad ha sido creada capaz de escuchar el lenguaje divino y de responder. La comunicación divina tiende al diálogo con el género humano; de hecho, la bendición divina puede manifestar toda su eficacia solo cuando es reconocida y acogida.

Respecto a la iniciativa y a la propuesta divina, la historia de la revelación, desde los relatos de los orígenes, se disemina, de parte humana, de entendimientos iniciales, de desviaciones, de interrupción y de reanudación en el escuchar. Dios, de su parte, manifiesta una atención incesante, renovada continuamente en el buscar y reactivar a toda costa, las vías del diálogo con el *partner* humano verdaderamente consciente y libre.

En la comunicación emprendida por Dios, el escuchar constituye una dimensión esencial para desarrollar un diálogo capaz de reciprocidad, en el cual Dios escucha e invita ampliamente a escuchar.

I. 1. Dios que escucha.

Dios escucha en los acontecimientos y en el culto.

El Dios de Israel se caracteriza porque escucha el grito de los oprimidos y de los justos ultrajados e interviene para liberarlos. Cuando los Israelitas elevaron a Dios el lamento por la esclavitud en Egipto, Dios escuchó su grito (Ex 2,23-24; 3,7) y respondió enviando a Moisés con un proyecto para liberarlos.

Cada vez que se eleva un grito de ayuda individual o colectivo por la arrogancia, la injusticia, la prevaricación, Dios está atento a escuchar y actúa para salvar.³

Constituye un rasgo particular de la manifestación de Dios también aquello (*lo* de escuchar) de escuchar la oración de los justos (Pr 15,29; Sal 34,16.18; 66,19), y de actuar para librarles de las angustias y de los abusos. Dios se vuelve y es propicio con los pobres y los maltratados (Ex 22,26).

En cambio, las rebeliones y las culpas humanas se transforman en un obstáculo y alejan a Dios, provocándole ira (cf. Nm 11,1) o impidiéndole escuchar (cf. Is 59,1-2). En otros casos, Dios rechaza o amenaza de no escuchar cuando el culto es hipócrita y formal, o por la apostasía, de la orientación del pueblo hacia otros dioses (cf. Is 1,15; Jr 11,11.14; 14,12; Ez 8,18).

Sobre el argumento, es posible deducir tres consideraciones:

1) Una cualidad esencial del Dios de Israel que no tiene parangón, es el hecho de que escucha. Todas las otras divinidades, supuestas tales solo de los pueblos o de los individuos, son una entidad sin vida, del todo impotentes y pasivas (cf. Sal 115,6; Is 44,9-20). El Señor es el único Dios confiable, porque quien cree en Él, tiene la certeza de ser escuchado:

¡Sabed que Yahveh mima a su amigo,
Yahveh escucha cuando yo le invoco (Sal 4,4).

³Algunos ejemplos, entre otros, son: Agar en Gn. 16,11; el rey Ezequiel en 2R 20,5; el pueblo en So 2, 8-9; los justos y temerosos de Dios en MI 3,16.

2) Dios escucha el grito de los afligidos, de los pobres, de los oprimidos, y les escucha con condescendencia, liberándoles de las angustias.

Cerca está Yahveh de los que le invocan,
de todos los que le invocan con verdad.
Él cumple el deseo de los que le temen,
escucha su clamor y los libera (Sal 145,18-19).

3) El escuchar por parte de Dios se conjuga y se traduce siempre en el actuar divino para la salvación. El escuchar mueve a Dios a la acción y en esa se vale de colaboradores humanos (como Moisés para liberar a los Israelitas). Este modo de actuar requiere atención de parte humana para distinguir y recorrer las vías en las cuales se revela el favor y la atención divina en el milagro de la salvación.

Escucha, Yahveh, mi voz que clama,
¡tenme piedad, respóndeme! [...]
Enséñame tu camino, Yahveh,
guíame por senda llana,
por causa de los que me asechan (Sal 27, 7.11).

I. 2. La exhortación a escuchar en el contexto de la alianza.

La revelación del Sinaí/Horeb es un evento basado esencialmente en el escuchar. En el monte Dios se revela haciendo oír su voz (cf. Ex 19,19; Dt 4,10-12) e invitando a escuchar. Apenas los Israelitas llegaron al monte, Dios quiso inaugurar una nueva etapa de vida juntos, aquella de la alianza. El escuchar constituye la condición fundamental para aceptar la alianza propuesta por Dios al Pueblo.

Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, **si de veras escucháis mi voz** y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa (Ex 19, 4-6).

La iniciativa divina de la alianza se realiza después del milagro del éxodo en el cual Dios protegió y salvó al pueblo elevándolo hacia sí mismo. El evento de la alianza, por lo tanto, toma forma al interno del plan divino encaminado a aumentar la cercanía y la pertenencia entre Dios e Israel. El llamamiento a escuchar se formula

linguísticamente en modo reforzado (lit: *...si escuchando escucharéis*) y sigue inmediatamente la invitación a guardar el contenido de la alianza, en el sentido de ejecutarlo. La vida de la alianza exige la conversión de los Israelitas, en modo libre y exclusivo, (aquí van las comas) al Dios que los ha liberado, escuchando y realizando el contenido de la voz divina. Este proyecto, en el cual Dios toma para sí Israel, enfatiza la relación especial por la cual Israel se convierte en el pueblo del Señor, y al mismo tiempo, delinea la autoridad de la realeza del Señor y el hecho que justamente la alianza con Dios puede establecer y asegurar la identidad y la libertad a Israel. Aceptando la alianza, Israel se convierte en propiedad particular, en el tesoro personal del Señor como rey del universo, se convierte en un reino de sacerdotes, en un reino donde todos los ciudadanos son «sacerdotes» por el privilegio de una especial cercanía a Dios, y aún más, se convierte, en un «pueblo santo», diferente en cuanto es partícipe de la santidad del Señor (Lv 19,2) y comprometido al servicio divino.

La respuesta del pueblo se articula en tres oraciones, (Ex 19,8; 24,3.7) que en relación a la manifestación divina y al conocimiento de las palabras del Señor, expresan aceptación y compromiso. La tercera declaración de los Israelitas, después de que las palabras de Dios fueron escritas en el libro de la alianza y leídas por Moisés, es la más articulada: *«Haremos y escucharemos todo cuanto ha dicho Yahveh»** (Ex 24,7). El singular cambio en el orden de las acciones, primero actuar y después escuchar, sobresalta el hecho que para comprender las palabras divinas es necesario ejecutarlas, y después de haberlas ejecutado, escucharlas de nuevo para llevarlas a cabo otra vez. La revelación en la cual Dios habló y el pueblo oyó su voz y se comprometió a cumplir las palabras divinas, es el inicio, mientras que la aceptación debe ser continua. Los actos humanos continúan y completan la revelación. Israel realiza en la historia su dignidad de «pueblo santo» en el momento y en la medida en la cual mantiene la palabra de compromiso con Dios, escuchando la voz de Dios y ejecutando las palabras divinas. Escuchando a Dios, Israel se convierte en lo que es, desde el Sinaí y a través del Dios del Sinaí: el pueblo del Señor.

* Traducción personal.

Por la comunión de vida de la alianza, desde Sinaí en adelante, el escuchar es decisivo, así como también cada violación de la alianza consiste y se mide principalmente por decaimiento del empeño pueblo a escuchar las palabras divinas, lo que provoca una cadena de desviaciones⁴. En el rechazo a escuchar a Dios, se consuma la traición y el abandono, la ruptura de la alianza que lleva a Israel a la catástrofe, al exilio. En fin, el volverse a Dios es posible a través del escuchar la voz divina:

Si vuelves a Yahveh tu Dios, si escuchas su voz en todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, **con todo tu corazón** y con toda tu alma, Yahveh tu Dios cambiará tu suerte, tendrá piedad de ti [...]. (Dt 30,2-3)⁵.

Según esta enseñanza deuteronómica del post exilio, el arrepentimiento y el retorno requieren, en modo concreto, un cambio radical, convirtiéndose y prestando atención a la voz de Dios con la participación del corazón, que involucra totalmente alcanzando las dimensiones más profundas de la interioridad humana, la intimidad más íntima de cada uno. A través de escuchar con todo el corazón, el pueblo expresa conciencia, comprensión y conocimiento de Dios junto a la aceptación de sus mandamientos. En tal modo Dios puede responder con la salvación y el perdón, abriendo un futuro de prosperidad y de bien.

Tú volverás a escuchar la voz de Yahveh tu Dios y pondrás en práctica todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy. Yahveh tu Dios te hará prosperar en todas tus obras, en el fruto de tus entrañas, el fruto de tu ganado y el fruto de tu suelo. Porque de nuevo se complacerá Yahveh en tu felicidad, como se complacía en la felicidad de tus padres, si tú escuchas la voz de Yahveh tu Dios guardando sus mandamientos y sus preceptos, lo que está escrito en el libro de esta Ley, si te conviertes a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma. (Dt 30,8-10).

En cada generación, Israel se reconstituye pueblo del Señor, aún después de la ruptura de la alianza, si escucha la voz de Dios en la *torah* donde escuchar significa aceptar y cumplir la *torah* quiere decir comprensión y conocimiento de Dios. Con tales actos, Dios se complace de su pueblo (Dt 30,9) como el novio por la novia (cf. Is 62,5;

⁴Cf., por ej. Jer 11, 1-14

⁵Cf. También Dt 4,30-31 «Cuando estés angustiado y te alcancen todas estas palabras, al fin de los tiempos, te volverás a Yahveh tu Dios y escucharás su voz; porque Yahveh tu Dios es un Dios misericordioso: no te abandonará ni te destruirá, y no se olvidará de la alianza que con juramento concluyó con tus padres».

Jr 33,11; So 3,17).

A este punto, es posible hacer algunas consideraciones:

1) En el Sinaí Dios hace oír su voz, se revela con palabras que pueden y esperan ser escuchadas y acogidas. Dios revelándose con «una voz» accesible al lenguaje humano (cf. Ex 19,19b) se acerca a Israel. Si Israel escucha, será levantado y constituido como pueblo del Señor. En esta correspondencia, la comunión toma consistencia. Como efectivamente observa un maestro jasídico del siglo XVIII:

Nuestro principal vínculo con Dios son las palabras – palabras de la Torah y la oración. Cada letra [en estas palabras] tienen una esencia espiritual interior. Debes unir tus pensamientos y tu interioridad a esta esencia. Este es el misterio de «Que me bese con los besos de Su boca» Ct 1,2) – la unión de espíritu a espíritu. (Kether Shem Tov 44).

2) Es escuchar de las palabras divinas como una respuesta de atención y aceptación, exige que se lleven a la práctica, para que de esta manera se pueda liberar toda la vitalidad, la vida, el bien, la bendición prometida por la alianza con el Señor (cf. Dt 11, 26-27; 28,1-14; 30,8-10). Y después de haberlas ejecutado, las palabras de Dios deberán ser escuchadas nuevamente (cf. Ex 24,7). Si bien Dios en el Sinaí ha proclamado la totalidad de las palabras de la Torá, de parte humana, el descubrimiento y la comprensión suceden en manera continua, a lo largo de la existencia y de la historia, de un evento a otro, de una generación a otra, como se enciende una candela de otra candela.

II. Contextos e itinerarios para escuchar a Dios

II.1. El rey que escucha con el corazón y el buen gobierno.

Al momento de tomar posesión del trono, el rey Salomón se fue al santuario de Gabaón para recibir una palabra de Dios a través de la singular acción litúrgica de la incubación (dormir en el santuario), atestiguada en otros lugares en la literatura sirio-cananea. Contrariamente a cuanto un lector común podría esperar, Salomón no pide una vida larga, ni riquezas, tampoco prevalecer sobre sus enemigos; mas bien, él dice:

Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal. (1R 3,9).

Dios elogia la petición de Salomón de saber discernir y actuar según la ley en las acciones de gobierno y en la administración de la justicia, y le responde:

Cumplo tu ruego y **te doy un corazón sabio e inteligente** como no lo hubo antes de ti ni lo habrá después. También te concedo lo que no has pedido, riquezas y gloria, como no tuvo nadie entre los reyes. (1R 3,12-13).

El «corazón que escucha» constituye para el joven Salomón el factor determinante para gobernar y juzgar, guiar y administrar el reino. El corazón, en la antropología bíblica, no es la sede de los sentimientos o emociones, sino el órgano de la inteligencia y de la identidad personal. En el corazón maduran los proyectos y las decisiones y de éste proceden dichas decisiones y sentencias. El corazón es el lugar donde la persona «escucha», examina y comprende lo que viene del exterior y reacciona a eso. El corazón es el órgano con el cual «se escucha» a Dios y en el cual se mide la verdadera entrega a Dios⁶, y por medio del mismo se puede discernir el orden del mundo y de la vida según las enseñanzas divinas.

Salomón recibe de Dios justamente lo que pide, el don de un corazón sabio, capaz de penetrar y discernir (cf. también 1R 5,9; 10,24), y adicionalmente riqueza, honor y larga vida.

En la narración que sigue inmediatamente, (1R 3,16-28) Salomón debe afrontar una cuestión judicial espinoza, que ofrece una demostración de su sabiduría en acción. El caso de las dos mujeres, que reclaman como hijo el mismo niño que aún estaba con vida, plantea un dilema que parece no tener solución. El rey, por su capacidad de escuchar la exposición de las dos mujeres, intuye quien es la madre y lleva a la práctica una estrategia para que sea comprobada públicamente. Por esta brillante acción de sentenciar, Salomón obtuvo el respeto y el honor del pueblo que inmediatamente

⁶Cf., entre otros, 1R 8,61; 11,4; 15,3.14

reconoció en él la sabiduría de Dios para hacer justicia.

Los dos episodios apenas citados, permiten extraer algunas consideraciones:

1) El diálogo entre Dios y Salomón en el santuario, expresa ciertamente una teología rica, ideal de la monarquía que depende del Señor (cf. Dt 17,14-20) y de las prerrogativas de la dinastía davídica (cf. 2S 7). Así, Salomón se considera un «siervo» del Señor llamado a gobernar el pueblo del Señor (1R 3,8.9) y quiere seguir el ejemplo de su padre David que caminó delante al Señor en fidelidad, justicia y rectitud de corazón (2R 3,6). Salomón desea ejercer la función de gobierno al servicio del Señor, en colaboración y sinergia, y pide «el corazón que escucha» para poder discernir, juzgar, guiar según el bien que Dios ha prometido en la alianza y que va realizando para su pueblo (cf. 1R 8, 56-61). Para poder gobernar el pueblo del Señor, es necesario que Salomón desde el interior de su corazón, con atención y reflexión, sea abierto, acogedor, perspicaz, prudente y habitado por Dios. Si David había sido elegido como rey porque el Señor mira el corazón, Salomón puede desarrollar su liderazgo personal por el don de la sabiduría que Dios ha puesto en su corazón (cf. 1R 10,24).

2) El corazón sabio y capaz de discernir es el objetivo de perseguir en modo universal, también según la tradición sapiencial a través de la dedicación continua de escuchar, que es el fundamento del aprendizaje de la sabiduría (cf. Pr 1,5; 22,17, 23,19).

En particular, la reflexión sapiencial explica claramente que hacer del corazón un órgano de la sabiduría, es fruto del empeño humano, y al mismo tiempo, un don de Dios.

Hijo mío, si das acogida a mis palabras [...] prestando tu oído a la sabiduría, inclinando tu corazón a la prudencia; [...] entonces entenderás el temor de Yahveh y la ciencia de Dios encontrarás. [...] Porque Yahveh es el que da la sabiduría, [...] Entonces entenderás la justicia, la equidad y la rectitud: todos los senderos del bien. Cuando entre la sabiduría en tu corazón y la ciencia sea dulce para tu alma. (Pr 2, 1-10).

Así el corazón humano debe ser continuamente educado y cultivado a buscar y a acoger el don delicioso del conocimiento y de la sabiduría de Dios, que ama a los que lo aman y se deja encontrar por aquellos que lo buscan (cf. Pr 8,12-21). Quien encuentra la sabiduría, encuentra la vida y el favor del Señor (Pr 8,35). Por último, el itinerario formativo de escuchar en la sabiduría, exige un empeño constante y cotidiano, que no se agota jamás, mas bien, está en constante evolución.

Corazón inteligente adquiere ciencia,
el oído de los sabios busca la ciencia. (Pr 18,15; cf. 15,14).

3) La modalidad con la cual Salomón ha afrontado el caso judicial es motivo de reflexión sobre la importancia de la actitud de escuchar para dar solución a los conflictos humanos (cf. Pr 15,31-32; 19,20; 25,10). Las controversias y las disputas entre las personas surgen y se alimentan al interno de una comunicación alterada, desviada y encerrada en una lógica autoreferencial rígida. Saber escuchar al otro, puede ser la clave para una resolución constructiva del conflicto. De hecho, el escuchar permite crear una condición en la cual, las partes, ya sea directamente o por medio de una mediación, pueden llegar a una comprensión recíproca entre las partes, y esto permite incluso encontrar una solución aceptable para ambas partes. Este proceso puede constituir, además, un aprendizaje para el futuro, para ser capaz de escuchar y aprender cuando hay discrepancia, para evitar que los conflictos se deterioren en desacuerdos destructivos.

II.2. El escuchar en la vocación y en la misión de los profetas.

A lo largo de la historia de la revelación Dios hace escuchar su palabra al pueblo a través de los profetas, que tienen la función de ser portavoces de Dios. Moisés es el prototipo (Dt 18,15-22). Escuchar a Dios es fuente y motivo toda la actividad de los profetas.

La acción profética nace de la llamada divina y requiere del ser humano una conciencia clara y disponible a escuchar. Un particular ejemplo en este sentido es aquel

del profeta Samuel. Se cuenta del joven Samuel, que cumpliendo el voto de su madre vivía en el santuario de Silo y ayudaba en el servicio divino a las órdenes del sacerdote Elí, crecía con el Señor (1S2,21; 3,1); el narrador observa que *aún no conocía Samuel a Yahveh, pues no le había sido revelada la palabra de Yahveh* (1S 3,7). Samuel no tenía una experiencia personal de Dios, de hecho, la noche en la cual fue llamado por el Señor (1S 3,1-14), Samuel corrió donde Elí, pensando que el anciano sacerdote lo llamaba, quien mas bien lo mandó a dormir. Por tres veces se repitió esta secuencia, hasta que Elí comprendió que era el Señor que llamaba al joven y le instruyó sobre la respuesta que debía dar si fuese llamado de nuevo: *Habla, Yahveh, que tu siervo escucha*. Samuel actuó según las instrucciones recibidas y el Señor le reveló el trágico fin de la familia de Elí.

Toda vocación profética se origina a partir de una fuerte experiencia personal de Dios en la cual aquel que es llamado, de manera consciente está dispuesto a escuchar y a servir para llevar a cabo el mandato divino. En este caso se nota además la importancia de la guía de Elí para orientar a Samuel hacia el Señor. Incluso Elí necesitó tiempo para comprender que era la voz divina que llamaba a Samuel. Esto se explica por varios motivos. En efecto, al inicio de la narración se dice que *en aquel tiempo era rara la palabra de Yahveh* (1S 3,1); además, la perversidad de los hijos de Elí y la decadencia de su casa eran graves y evidentes (cf. 1S 2,12-36). Por lo tanto, sea observando los hechos desde el punto de vista generacional de Elí, muy anciano y debilitado (cf. 1S 2,22; 3,2) respecto al joven Samuel, sea del punto de vista institucional, en el cual el sacerdote – profeta – juez Samuel sustituirá al sacerdocio de la familia de Elí, no obstante se debe reconocer que Elí aún evidencia la capacidad de orientar a Samuel al encuentro con Dios, para que se disponga a escuchar y a servir al Señor.

Samuel se caracteriza por la prontitud con la cual responde cuando se siente llamado y por tres veces corre donde el anciano Elí, demostrándole atención y obediencia, al contrario del rechazo de sus hijos de escuchar al padre (1S 2,25).

Samuel sabe escuchar a Elí y se abre a escuchar al Señor, un evento que

transforma completamente su persona y su vida al servicio de Dios. Este hecho pone en relieve que el escuchar del profeta a Dios, no solo concuerda con la capacidad humana de escuchar, sino que lo perfecciona y potencializa. Entre los ejemplos que se presentan, siempre en el ciclo narrativo sobre Samuel, puede ser significativo aquel que atañe a la cuestión polémica de la monarquía. En efecto, entre la vicisitudes políticas que Samuel debe afrontar surge la petición de los israelitas de tener un rey según el modelo de los otros pueblos (1 S 8). Samuel argumenta y desaprueba tal proyecto que resulta contrario a la alianza del pueblo con el Señor, que puede manifestar tendencias déspotas, que reestructuran la conducción política ejercitada por el mismo Samuel. El pueblo, sin embargo, insiste y Samuel recibe la palabra de Dios que lo invita a escuchar, a acceder a la petición con la cual el pueblo está rechazando a Dios y no a Samuel, y a advertir a los israelitas sobre las consecuencias (1 S 8, 7.9.21-22). Samuel puede superar el propio enfado para armonizar con la palabra de Dios que le guía a dirigir este proceso de diferenciación institucional. El objetivo se convierte en aquel de ayudar al pueblo a comprender la concesión del rey humano sin disminuir la lealtad con el Señor. Por lo tanto, a Samuel se le revela la llegada de Saúl, elegido de Dios como jefe del pueblo (1 S 9,15-16); y él sigue las palabras divinas y unge y comunica a Saúl las palabras de Dios sobre sus nuevas funciones (1S 9, 27-10,8). Por último, en el momento en el cual, todo el pueblo reconoce a Saúl como rey, Samuel está presente para reafirmar la realeza divina y la prioridad para Israel de escuchar y servir al Señor con fidelidad:

[...] vuestro rey es Yahveh, Dios vuestro. Aquí tenéis ahora al rey que os habéis elegido. Yahveh ha establecido un rey sobre vosotros. **Si teméis a Yahveh y le servís, si escucháis su voz y no os rebeláis contra las órdenes de Yahveh;** si vosotros y el rey que reine sobre vosotros seguís a Yahveh vuestro Dios, está bien. Pero si no escucháis la voz de Yahveh, si os rebeláis contra las órdenes de Yahveh, entonces la mano de Yahveh pesará sobre vosotros y sobre vuestro rey. (1S 12, 12-15).

Samuel, escuchando al Señor, va más allá de la propia visión humana y se abre a la perspectiva divina para hacer comprender a los israelitas que en lugar de ser un pueblo como los demás, ellos siguen siendo el pueblo de Dios, el pueblo de la alianza. Esta realidad determina que el estado del nuevo rey que se somete al Señor⁷, y él, junto al pueblo, recogerán los frutos de sus decisiones. Ante Dios, el rey y el pueblo son una

⁷Cf. también Dt 17,14-20.

sola entidad. La seguridad, la prosperidad y la libertad se establecen solo del hecho de que ellos escuchen la palabra de Dios y la ejecuten, o que se rebelen.

Como Samuel, en el escuchar y en el cumplir la palabra de Dios, colabora activamente a la realización del plan divino en el cual se exalta su función profética (cf. 1S 3,19), así también los beneficios que se esperan por la nueva organización institucional, dependen solo de que el pueblo y el rey humano escuchen y cumplan las palabras divinas.

Todos los acontecimientos demuestran como el escuchar a Dios hace crecer y madurar la percepción y la acción de Samuel a la solicitud del pueblo. El profeta, escuchando, está en capacidad de adherir a la perspectiva divina y exhorta a los israelitas a realizar un itinerario similar, comprendiendo y desarrollando la institución humana del rey, sin venir a menos a la adhesión fundamental al Señor, fuente de su identidad y de la vida.

II.3. El profeta como discípulo con el oído abierto.

El tercer canto del siervo (Is 50,4-11), por su forma autobiográfica, se atribuye comunmente al mismo profeta del fin del exilio, el así llamado Deutero-Isaías, a quien se debe también el segundo canto. (Is 49,1-6).

En un momento tan dramático como el del exilio, la experiencia de escuchar la palabra de Dios referida del profeta es particularmente significativa. El profeta se identifica como aquel a quien Dios le abrió el oído y que mañana tras mañana escucha la palabra como un discípulo (Is 50,4-5). El término discípulo (*limmud*) es una forma pasiva del verbo aprender / enseñar (*lamad*), y en un dicho más antiguo, el profeta Isaías había indicado sus discípulos como aquellos que tienen la palabra profética sellada en su corazón (Is 8,16). En este contexto, el profeta anónimo del tiempo exílico es a su vez un discípulo de antiguos profetas. Constantemente acude a sus palabras, constatando la verdad de su mensaje cumplido en los acontecimientos de la historia, y al mismo tiempo anuncia con prontitud las enseñanzas con las cuales Dios le despierta cada día. Aunque

su lenguaje es de discípulo, es un continuo y nuevo aprendizaje, y anima y sostiene a cuantos están exhaustos por la tragedia, a mantener viva la confianza y la esperanza en Dios.

Además, en el exilio el profeta, como todos los israelitas, sufre y es burlado. No obstante, justamente por la constante disposición de escuchar a Dios, advierte la cercanía y la ayuda del Señor. Por lo tanto, puede afrontar las pruebas con determinación y encontrar confirmación para proseguir la misión que Dios le ha confiado en un tiempo oscuro y difícil (Is 50,7-9).

A este punto, se pueden extraer algunas consideraciones:

1) La identidad y la misión profética se desarrollan completamente en la disponibilidad de aquel que es llamado a escuchar a Dios y a hacer escuchar a Dios a quienes ha sido enviado. El profeta es tomado, aferrado por la palabra del Señor. Escuchando la palabra divina, que irrumpe en su vida, él conoce al Señor y actúa a su servicio. El escuchar crea unión y adhesión directa a Dios, así como la capacidad de permanecer con Él en todo lo que hace el profeta.

2) El escuchar a Dios transforma y amplía las perspectivas humanas. El punto de vista humano sobre la realidad es siempre limitado, parcial y corre el riesgo de originar involuciones en el actuar histórico. Si la visión humana se abre y adhiere al punto de vista de Dios, entonces los proyectos humanos obtienen orientamiento y eficacia para traer vida.

3) Si bien el profeta en modo constante escucha a Dios, sigue siendo humilde. Como un discípulo con oído atento, cada día se dispone a aprender, a comprender la historia de la revelación y a advertir las vías de Dios en la contemporaneidad⁸.

El profeta viene puesto como modelo, anticipa lo que el pueblo entero está

⁸Cf. También Sal 44,2; 78,1-4.

llamado a vivir (cf. Nm 11,29; Jl 3,1-5), porque el pueblo del Señor tiene un rol profético entre las naciones para testimoniar y hacer conocer la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (cf. Is 49,1-6).

III. Escuchar a Dios en el culto

El culto y la oración constituyen expresiones eminentes del encuentro y del diálogo directo entre Dios y el pueblo (como comunidad o individuo).

Escuchando a Dios, en la particular conciencia de la presencia divina, el pueblo recibe en el culto como don *ojos para ver, oídos para escuchar* y *corazón para comprender* los signos y prodigios de la salvación divina en los acontecimientos de la historia (Dt 29,3; cf. Is 6,1-11). El encuentro con Dios provoca una transformación antropológica que permite reconocer al Señor que obra la redención e introduce la comunión de la vida, de celebrarlo en la alabanza o de invocarlo con confianza en las angustias.

En el intenso diálogo de la oración, como se evidencia en el libro de los Salmos, emerge, en particular, ya sea la recíproca exhortación de Dios o del orante, a escuchar, o la acción de gracias del ser humano por el hecho que Dios le ha escuchado.

Propongo dos ejemplos sobre el tema:

III.1. ¡Oh, si escucharais hoy su voz! (Sal 95,7)

El Salmo 95 en la primera parte (vv. 1-7b) contiene la invitación a entrar en el templo, a prestar el servicio del culto, a presentarse al Señor en adoración, con aclamaciones, en alabanza. Se trata del reconocimiento gozoso de Dios como gran rey, creador del mundo y de Israel, que sostiene y guía firmemente el universo. En la acción de gracias, Israel expresa y celebra, con mayor intensidad, el inefable don de la alianza, en la pertenencia recíproca, llamada con la imagen de Dios rey – pastor que cuida de su

pueblo⁹.

La segunda parte del Salmo tiene un contenido completamente diferente. Se centra sobre la exhortación litúrgica a escuchar (v.7c): *¡Oh, si escucharais hoy su voz! o ¡Escuchad hoy su voz!* A la exhortación sigue en modo sorprendente, una fuerte advertencia divina dirigida al pueblo, en la forma de un dicho profético (vv. 8-11):

«No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá,
como el día de Massá en el desierto,
donde me pusieron a prueba vuestros padres,
me tentaron aunque habían visto mi obra.
«Cuarenta años me asqueó aquella generación,
y dije: Pueblo son de corazón torcido,
que mis caminos no conocen.
Y por eso en mi cólera juré:
¡No han de entrar en mi reposo!».

La advertencia divina insta a la comunidad de culto a no emular a la generación del desierto, que a pesar de haber visto las acciones de salvación que Dios ha cumplido en su favor, se rebeló, protestó fuertemente y lo puso a la prueba (cf. Ex 17,1-7 Nm 20,8-13). Dios se disgustó de aquella generación que cerró y desvió su corazón, sin conocer las vías divinas. Este obstinado rechazo impidió a aquella generación de entrar en la tierra prometida, indicada en las palabras divinas como *el lugar de mi descanso*, el lugar en el cual se desarrolla la vida al reparo de sus enemigos (cf. Dt 12,9-10; 25,19; Jos 1,13; 21,44; 23,1).

El drama de la generación rebelde del pasado, con el corazón obstinado y extraviado porque rechazó escuchar a Dios (cf. Sal 81,9.12), se evoca en el presente a la comunidad que celebra ante el Señor para que aprenda y se vuelva decididamente a Dios. De hecho, el escuchar la voz de Dios, se concreta en la unión y fidelidad del pueblo al Señor, con la voluntad de seguir sus caminos que llevan a gozar del favor y de los beneficios divinos (cf. Sal 81,14-17).

En el pasado y en el presente de cada generación, la comunión de vida en la

⁹Cf. Sal 23; 77,20; 78,52; 80,1; 100,3; Is 53,6; Ez 34,11-6.

alianza es verdadera y crece si, la comunidad y/o el individuo, en el *hoy* de la liturgia, mientras se dirige a Dios, acoge y vive la enseñanza que Dios le hace escuchar; y en cada celebración refuerza la propia vigilancia a la fidelidad y perfecciona la comprensión de las acciones y de las vías divinas en los acontecimientos humanos que se transforma en conocimiento de Dios *Roca de nuestra salvación*.

III.2. El oído me has abierto (Sal 40,7)

Otra perspectiva significativa se delinea en el Salmo 40, en la expresión de una acción de gracias de quien reza por la salvación recibida de Dios (vv.1-10). El agradecimiento precede, en este Salmo, a la invocación de ayuda (vv.11-18)¹⁰, y no hay duda que, por la exposición de los dos motivos y por su desarrollo, el énfasis recae justamente sobre la acción de gracias. El salmista da gracias reconociendo los beneficios divinos del pasado y, al mismo tiempo, el agradecimiento constituye una anticipación para la liberación de las tribulaciones que pide una vez más con confianza para el presente.

En Yahveh puse toda mi esperanza,
él se inclinó hacia mí
y escuchó mi clamor.
Me sacó de la fosa fatal,
del fango cenagoso;
asentó mis pies sobre la roca,
consolidó mis pasos.
Puso en mi boca un canto nuevo,
una alabanza a nuestro Dios;
muchos verán y temerán,
y en Yahveh tendrán confianza. (Sal 40,1-4).

En un serio peligro de vida, probablemente víctima de mentira y persecución, el orante que ha esperado y confiado en el Señor, ha sobrevivido a la muerte, experimentando la potente salvación divina. Por tal motivo, en presencia de la comunidad, eleva el canto nuevo de liberación, alabando, dando gracias y dando

¹⁰Habitualmente el lamento o el referimiento a la situación de angustia precede al agradecimiento (cf. Sal 22; 116). La inversión presente en el Salmo 40 alimenta una permanente discusión en la exégesis sobre la unidad del salmo o la combinación de dos redacciones independientes, tanto mas que los vv. 14-17 corresponden casi idénticos al Sal 70; otras estrechas correlaciones se notan con el Sal 35,4.26-28.

testimonio de lo que Dios ha hecho por él. Esta acción cultural de alabanza, pertenece a la celebración del sacrificio de la *torah*, del rendimiento de gracias (cf. Lv 7,11-15) por la salvación del peligro, por el renovado don de la vida (cf. Sal 100, 116). Sin embargo, en este caso, en vez de presentar el sacrificio según el ritual, u otros sacrificios enumerados para los tipos principales, el orante se ofrece él mismo a Dios:

Ni sacrificio ni oblación querías,
pero el oído me has abierto;
no pedías holocaustos ni víctimas,
dije entonces: Heme aquí, que vengo.
Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad.
Oh Dios mío, en tu ley (*torah*) me complazco
en el fondo de mi ser. (Sal 40, 7-9).

Más que una crítica al sistema de sacrificios, se trata de una reorganización realizada por él. En este caso, el sacrificio no satisface el deseo del orante que quiere complacer al Señor. Quien ora ha comprendido que Dios *le ha abierto el oído*, le ha dado el instrumento para escuchar, le ha quitado las obstrucciones que le impedían comprender¹¹. Dios prefiere que escuchen su palabra a los sacrificios¹², se complace si una persona sigue y ejecuta sus enseñanzas, su *torah*. El escuchar une a Dios en modo más profundo que los sacrificios. No hay ninguna conexión automática entre sacrificios, integridad humana y aprobación divina. Así que el orante expresa su gratitud no con ofertas, sino declarando de ofrecerse él mismo: «Eh aquí, vengo con la disponibilidad de escuchar para realizar...». Él mismo se pone completamente a disposición de Dios (cf. Is 6,8), presentándose con el rollo de la *torah* que se convierte en el centro de su persona, porque está grabada en su interior¹³, y está decidido a acogerla y ejecutarla.

Al escuchar de parte de Dios que le ha salvado y le ha dado de nuevo la vida, el orante

¹¹Cf. Is 6,10; Jr 6,10; Za 7,11.

¹²Cf. Las palabras del profeta Samuel a Saúl (1S 15,22): *¿Acaso se complace Yahveh en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la palabra de Yahveh? Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros.* El mismo concepto se encuentra en Jr 7,21-23 con referencia a lo que Dios ha mandado a los israelitas desde cuando salieron de Egipto; cf. también Sal 50,8-15; 51,16-19.

¹³En el anuncio profético la enseñanza divina, la *torah* escrita en el corazón provoca en el pueblo el conocimiento directo de Dios y es la señal de la nueva alianza que no puede ser violada, cf. Jr 31,31-34; 32,39; Ez 11,19-20; 36,25-28; Dt 6,6-9; 30,11-14.

con el oído abierto responde ofreciendo solo lo que realmente puede ofrecer a Dios: él mismo. La fidelidad a Dios es superior a los sacrificios. Esto determina el valor de las acciones litúrgicas y la necesidad de elevarse a sí mismos en la relación personal con Dios. En este caso, se demuestra una notable correspondencia del orante que se complace de dar a Dios justamente lo que le agrada. Se trata de nuevo de una prueba de la capacidad humana de escuchar a Dios, y de la recíproca delicia que brota cuando el oído del corazón tiende a Dios. La atención es fuerte y comparable al encuentro en la relación de amor en la cual la amada escucha y piensa: *¡La voz de mi amado! Helo aquí que ya viene [...]*, y el amado la invita: *Paloma mía, en las grietas de la roca, en escarpados escondrijos, muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce, y gracioso tu semblante* (Ct 2, 8.14).

IV. Observaciones conclusivas

El primer punto examinado en esta presentación es Dios como sujeto del escuchar. De hecho: *“El que plantó la oreja, ¿no va a oír?”* (Sal 94,9). El escuchar de parte de Dios es un acto incomparable que produce vida. Cuando escucha la invocación del ser humano, Dios le manifiesta su cercanía, su presencia que libera, salva, dona. La exhortación de Dios a escuchar, además de esto, ofrece libertad, comunión y significados para la realización de la vida humana, personal y social.

La capacidad humana de escuchar es un don divino y, al mismo tiempo, requiere de un entrenamiento, un aprendizaje continuo para desarrollarla y concretizarla, como lo demuestran los itinerarios analizados. Habitualmente, incluso en el ámbito de la educación escolar, se trabaja mucho en la habilidad lingüística, en la capacidad de redactar discursos escritos u orales correctos, pero no se enseña nada sobre el proceso de escuchar al otro y a los acontecimientos.

El escuchar del ser humano a Dios es parte de una lucha que, por un lado, es aquella de volverse a Dios, y por otro, aquella de escuchar a Dios que exhorta: *Escucha, Israel... Tu amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón... Estas palabras que hoy te doy sean fijas en tu corazón* (Dt 6,4-9). Acoger a Dios y las enseñanzas

divinas y realizar lo que Él desea, significa, en última instancia, hacer lo que Él es. Así el escuchar del ser humano hace, a quien lo practica con la propia existencia, capaz del interés divino por el otro, capaz de buscar, esperar, alojar, acoger, compartir, comprender, sostener, unir, discernir, gestionar creativamente los conflictos, asumir y mantener los compromisos, explorar y abrir nuevos horizontes y más. Escuchar es un arte que nunca se termina de aprender, y escuchar a Dios es una cuestión fundamental de la elección en la conducción de la vida y una cuestión de amor, de permanecer unidos a Su presencia: *Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahveh tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a él; pues en eso está tu vida, así como la prolongación de tus días* (Dt 30, 19-20).